

EL ECO DE YECLA

Director y Administrador
DON JOSÉ ROSES
San Antonio, 33

Semanario independiente

Defensor de los intereses regionales

Precios de suscripción
UNA PESETA TRIMESTRE
Número suelto, 5 cént.



AÑO I



YECLA 27 DE JULIO DE 1902



NÚM. 7

Responsabilidades

La idea de responsabilidad no tiene sentido real y práctico en la actual organización política de España, es una utopía, porque jamás se han hecho efectivas aquéllas en que incurrieron nuestros gobernantes, pues el alcalde se cubre con el escudo del cacique, el cacique con el del Diputado, el Diputado con el Ministro y el Ministro con sus colegas ó con la Corona; todos con uno y uno con todos y nadie se dá punto de reposo, á malversar los intereses de la nación en provecho propio.

Pero si no está en nuestras manos exigir esas responsabilidades, nos queda el derecho de puntualizarlas y atribuir á cada cual las que le correspondan, señalándolas á la opinión pública, para que las tenga en cuenta el día de la justicia del pueblo, que se acerca á pasos agigantados, y esto es lo que nos proponemos en este artículo, concretando á Yecla nuestras observaciones.

Injustos en extremo seríamos, si dejáramos caer sobre los débiles hombros de D. Pascual Andrés toda la abrumadora pesadumbre de sus desmanes; alguna carga, muy poca, debe llevar, pues la mayor parte, ya que no toda, corresponde á ese hombre nefasto para la provincia que se llama Puigcerver, y á ese otro cuasi-hombre no menos pernicioso para el distrito de Yecla que se llama Luis García. Estos son la causa primordial de la desmoralización administrativa de los municipios, de la corrupción de nuestras costumbres políticas, de los odios y de las enemistades que han creado entre convecinos cuya cordialidad de relaciones debía estar muy por encima de esos entes para quienes no tenemos otra significación que la de *cosa* de que se utilizan, la de peldaño por donde suben; que no nos conocen, que no los conocemos, que nada tienen de común con Yecla, que nada les importan nuestras alegrías, nuestras penas y nuestras desdichas, que son completamente extraños á nosotros, y que un día más ó menos próximo ¡día feliz! desaparecerán de nuestro campo político, para no volver jamás, pero dejando detrás de ellos, como imborrables huellas de su paso, la desolación y la muerte.

Nosotros eximiríamos de sus culpas al hombre que obra *violentado por la fuerza irresistible* de que habla el art. 8.º, caso 9.º, del Código Penal; al hombre que camina impulsado por la violencia de sus vicios, cuyos gérmenes lleva en la sangre, de esos vicios más fuertes que su voluntad, que son su verdadera naturaleza. Es una causa fisiológica la que produce ciertos fenómenos de perversión moral, pues unos son viciosos como otros son linfáticos ó sanguíneos y nadie puede sustraerse al mandato imperativo de su temperamento.

A veces se obedece también á otra ley más natural, más justa, más respetable; la de la propia conservación, la de apremiantes necesidades que cubrir, la de voraces usureros cuyo apetito tanto tiempo contenido es preciso satis-

facer; la de una familia á cuya subsistencia, comodidad y bienestar hay que atender.

D. Pascual Andrés, por ejemplo, es un hombre que lucha por la vida y en el fondo de nuestra conciencia le absolvemos; pero no podemos absolver de la misma manera á los Sres. Puigcerver y García, porque las circunstancias que pudieran atenuar ó eximir de responsabilidad al primero, se convierten en agravantes para los dos últimos.

Ellos sacrifican el decoro y los intereses de Yecla al pago de sus deudas electorales; compran con nuestra dignidad y nuestro dinero un esclavo que les sirva y coadyuve á sus indecorosas combinaciones; que acate y cumpla sin protesta sus órdenes. Ellos son ricos, tienen el poder y les sería fácil premiar los servicios de D. Pascual Andrés con un destino adecuado á sus aptitudes, que le proporcionara, de manera decorosa, los recursos que necesite para vivir, alejando de nuestra esfera su influencia deletérea; pueden evitar el daño y lo fomentan y protegen; por eso su pecado no tiene perdón.

En este delito de que acusamos, son más criminales los encubridores que el delincuente, y merecen que la vindicta pública les imponga un castigo ejemplar.

Si posible fuera, resucitaríamos *en su honor* los terribles tormentos de la Edad Media; pero en defecto de ellos, paseáremos desnuda su personalidad moral por las calles de Yecla, en las columnas de El Eco, y no faltará quien vaya detrás, *alza la penca y dále*.

¡Rinocerontes!

El *distinguido* paquidermo, cuyo nombre sirve de epígrafe á este articulejo, tiene una piel tan dura, que es impenetrable á las balas. Así es la epidermis de algunos sugetos, que reciben impávidos los tiros del Eco exclamando: «Pchs... yo no hago caso de eso.

¡Qué han de hacer caso!

¡Nada hay que endurezca tanto el cutis, como la falta de vergüenza!

Pero, como el fin que perseguimos, no es herirlos, sino presentarlos al público con la caña del *Ecce-Homo* en la mano, nos tiene sin cuidado su inmunidad y pueden hacer alardes, cuantos gusten, de su *frescura* é impudor.

Algunos son muy graciosos; Pascual por ejemplo.

Este Gladstone ó Cavour yeclano, cuando le hablan del Eco se encoje de hombros y haciendo un mohín desdefioso contesta: «Ni lo leo siquiera.»

¡Pues no ha de leerlo V. querido!

Solo que lo hace á hurtadillas, porque delante de gente le daría rubor y nos consta que toma usted cada berrinche que le arde el pelo.

Y ahora vaya un consejo.

Deje usted esos aires de superioridad y displinencia, que no le sientan bien á un procurador, que por milagros de la fortuna, por caprichos de

la suerte, no está labrando en «Los Hitos» ó Dios sabe dónde, y que, si se le rasga el ligero bñrniz que el bachillerato ha puesto en algunos sitios, aparece súbito el *menchurga*, el *majagranzas* que hay debajo.

Aunque descienda usted á nuestro nivel, no se desdoraré su ilustre estirpe, ni se levantarán de sus sepulcros sus cuatrocientos abuelos, para protestar.

Bromas aparte, sabe usted—puesto que conoce á varios—que cualquiera de los que escribimos El Eco, vale más que usted en todos sentidos, *aunque nos esté mal el decirlo* (que no nos lo está).

Y ya que nos hemos puesto al habla vamos á otra cosa.

Dijo usted el día de San Pedro, que si volviéramos á sacar á relucir faldas, haría usted y aconterecería.

Esos desplantes de *guapo* son bastante tontos. Sepa usted que si no las sacamos á relucir, no es porque pueda usted darnos cien duros, ni cien palos, como vulgarmente se dice, si no por respeto al público y á nosotros mismos y porque sabemos, mejor que usted, á cuánto obligan las leyes de la cortesía y la propia caballerosidad, para con las damas, aunque estas se salgan de su esfera y al hacerlo pierdan el derecho á los respetos y consideraciones que merecen. A lo que usted se refería, fué un desahago inofensivo, sin importancia ni alcances.

¡Ah! Que se me olvidaba otra cosa.

Ha dicho usted también, que El Eco moriría en cuanto usted quisiera, como murió «El Herald».

¡Ni que fuera usted el Jehová!

Quite *jierro* buen hombre, y no nos haga usted de reir, que los muertos que vos matáis, gozan de buena salud.

«El Herald» sabemos que no murió á manos extrañas y en cuanto al Eco es usted poca persona para *morirlo*.

No es lo mismo *matar procesos*, que periódicos como El Eco.

Con que, tomar tila y aliviarse, amigo.

Los sueños del Sr. García Cunero

Los pases de tribuna se habían agotado con mucha antelación.

El público de los grandes días se estrujaba en ellas.

Hermosas mujeres cuyos contornos se esfumaban en la penumbra enviaban allá abajo oleadas de perfumes embriagadores, ardientes miradas y sonrisas cuajadas de dulces promesas, que enardecían á los combatientes dispuestos á luchar por el triunfo y por la gloria. Los vivos tonos de las *toilettes* primaverales, se destacaban en el fondo oscuro de los paleos, formando artísticas *manchas* de color.

En la tribuna pública, ojos centelleantes de curiosidad giraban sin reposo buscando caras conocidas, y murmullos de admiración acogían

